

REFLEXIONES SOBRE LA FORMACIÓN PASIONISTA

OTOÑO 2020

Las principales cuestiones a las que se enfrenta la humanidad son también las cuestiones que piden una respuesta creativa de la Iglesia en general y de los religiosos en particular. La pandemia mundial de COVID-19 ha traído muerte, sufrimiento y dificultades a millones de personas y sigue representando una enorme amenaza para la vida humana y los medios de vida de las personas. Ha alterado todos los aspectos de la vida normal, incluidos los planes para celebrar el Jubileo. El Taller para Formadores Pasionistas previsto para noviembre de 2020 ha tenido que posponerse hasta noviembre de 2021. Este es el trasfondo en el que ofrezco estas reflexiones sobre la Formación Pasionista a finales de 2020.

La respuesta internacional a la pandemia ha puesto de manifiesto un mundo profundamente dividido tanto ideológicamente como de muchas otras maneras. En algunos casos, los políticos han permitido que egoístas intereses económicos prevalecieran sobre el valor de la vida humana y la salud de las personas. La mayoría de los países más pobres económicamente han sufrido las peores consecuencias de la pandemia. Los pobres y las personas de color siguen siendo los ciudadanos más desfavorecidos que soportan la peor parte de las crisis nacionales e internacionales. Estrechos intereses económicos ofrecen respuestas que no son adecuadas a la crisis climática y a los peligros que amenazan la vida en la tierra.

FORMACIÓN EN CONTEXTO.

Además de la pandemia, también estamos viviendo un período de malestar y agitación social, política, económica y religiosa. Para responder creativa y eficazmente a la situación cambiante en la que nos encontramos, necesitamos entender lo que está sucediendo y por qué.

En la Congregación Pasionista notamos los efectos de estos cambios con mayor intensidad, sobre todo en la disminución del número de vocaciones en muchos lugares y ante la dificultad de encon-

trar nuevas y eficaces formas de comunicar el Evangelio de la Pasión. El mundo de las comunicaciones ha experimentado una transformación extraordinaria. Hoy en día, para la mayoría de las personas, la comunicación significa pasar mucho tiempo con los teléfonos, iPads y ordenadores, acceder a las noticias, contactar con amigos y recopilar información. El lugar para hablar y predicar en público en el mundo de hoy también está experimentando un cambio revolucionario. El área tradicional de nuestra “especialidad” era la predicación clásica a una congregación de fieles, reunida en Iglesias para ese propósito. Hoy en día, esta forma de comunicación se considera menos satisfactoria y menos eficaz. Estamos luchando por llegar a un acuerdo con la revolución digital.

A los Pasionistas también nos afecta lo que está sucediendo en la comunidad más amplia de la Iglesia. A lo largo de la mayor parte de los últimos trescientos años, el ambiente de la parroquia rural ha sido el escenario normal para vivir la fe católica y escuchar la predicación del Evangelio. El mensaje de los misioneros pasionistas entraba en la vida sedentaria de la parroquia rural como una inyección de nueva energía y fervor. Daba impulso a la vida cotidiana de la vida católica y a la misa semanal. Su eficacia consistía precisamente en dar soporte a la vida ya consolidada de la parroquia rural con todos sus elementos. Pero este ya no es el escenario habitual para la gran mayoría de las personas, incluidos los católicos. Más del 85% de la población mundial vive actualmente en extensas zonas urbanas. Hoy, el Evangelio tiene que ser predicado a los habitantes de las ciudades que ya no experimentan la clara identidad y los estrechos lazos de una parroquia rural. Hemos entrado en una época inestable que se ha caracterizado como “líquida”.

El alejamiento del entorno rural para ir a vivir a las ciudades tiene otras consecuencias para la vida de la Iglesia. La vida en la ciudad ofrece un nuevo sentido de lo que significa ser humano. Nuevas experiencias y expectativas afectan a la forma en que los jóvenes se relacionan con sus padres y sus familias; el acceso a la educación y la mezcla con gran variedad de personas inspira nuevos sueños y esperanzas y cambia la forma en que se relacionan con el mundo y absorben la información. Las personas de hoy, y los jóvenes en particular, tienen una actitud más crítica y cuestionadora de todas las cosas. La tradición y la autoridad ya no tienen el peso

y la influencia que tenían hace unos años. La gente ya no acepta sin más las creencias y prácticas religiosas por el mero hecho de que “*siempre ha sido así*”. No se trata de una expresión de orgullo humano o desobediencia. Sencillamente es una nueva forma de ser, un ser humano maduro y adulto. Se está educando a los jóvenes para que piensen por sí mismos, para que se cuestionen, para que entiendan y cultiven un sentido adecuado de autonomía. No se trata de individualismo o relativismo. Es el reconocimiento y la celebración de la dignidad propia de las personas humanas racionales y libres creadas por Dios. Incluso la Iglesia tiene que reconocer las nuevas exigencias que se derivan del reconocimiento y el respeto de la dignidad y la libertad humanas, incluida la libertad de cuestionar las cosas.

ADAPTÁNDOSE AL NUEVO CONTEXTO.

Una de las principales razones por las que los religiosos no han experimentado el tipo de renovación que se esperaba después del Vaticano II es porque, en general, no han apreciado la profundidad y el alcance de los cambios en la sociedad y en la forma de pensar y relacionarse con la Iglesia. De hecho, era común que tanto el clero como los religiosos lamentara estos cambios y los atribuyera a fuerzas negativas como el materialismo, el laicismo, etc. Muchos religiosos pensaban que las fuerzas del cambio debían ser condenadas junto con los cambios que traían. Fue una trágica interpretación errónea de la situación. Era un regreso a la vieja mentalidad “*contra mundum*”, cuando lo que se necesitaba era una comprensión más profunda de los cambios reales, inevitables y positivos que se estaban produciendo en la sociedad y en los individuos. Esto no significa ignorar las consecuencias más negativas de la rápida urbanización y el cambio social en las personas y la vida familiar. Sin embargo, en general, se puede decir que un pueblo cultivado y crítico buscó una Iglesia madura, inteligente y creíble. Lamentablemente, la Iglesia, en la práctica, no siempre fue capaz de elevarse al nivel de la Iglesia renovada imaginada por el Vaticano II. Como resultado, muchas buenas personas se desilusionaron.

Los apremiantes problemas de un planeta tierra devastado, de injusticias económicas, dominación política y conflictos interreligiosos

se señalaron en los documentos de la Iglesia, pero han quedado en gran medida inmutables. Se hicieron algunos cambios pequeños en algunas formas externas, pero no hubo una mirada en profundidad a las necesidades de los habitantes de las ciudades que viven en un mundo cada vez más cosmopolita y pluralista. La Iglesia, incluso religiosa, seguía pensando y actuando de manera restringida y tribalista. Los resultados son evidentes. Mucha gente se ha alejado. La Iglesia que había atraído a la gente en el entorno rural del pasado, que los había alimentado e inspirado, no estaba a la altura de la tarea de atraer, alimentar y sostener a la gente en el nuevo entorno urbano. En muchos casos, las autoridades eclesíásticas culparon al pueblo, a la teología liberal y a los males de la sociedad. Esta reacción era otro signo de la incapacidad y la falta de voluntad de la Iglesia para aprender. La Iglesia era incapaz de ver que, como organismo vivo, tenía que cambiar y adaptarse para sobrevivir.

NECESIDAD DE CREATIVIDAD.

¿Cómo puede trabajar la Iglesia de manera creativa y eficaz en estas nuevas circunstancias? Hasta ahora, para la Iglesia Católica ha sido muy difícil alejarse del antiguo estilo autoritario y clerical que caracterizó la vida católica en las parroquias rurales. Las formas más antiguas de estructura jerárquica y autoritarismo se resisten a morir y las nuevas formas de participación y colaboración requieren un nuevo conjunto de cualidades humanas que deben aprenderse. Es lo que se requiere, pero en la práctica la Iglesia tarda en adaptarse. Ha llegado una nueva generación de clero que se resiste a este movimiento. Se sienten más atraídos por el estilo jerárquico y autoritario que da estatus y poder sobre el pueblo.

Para responder a la nueva situación con creatividad y energía, los Pasionistas necesitan una comprensión más profunda de lo que ha sucedido en el mundo, en la Iglesia y en la Congregación durante las últimas décadas. Debemos evitar explicaciones simplistas que traten de identificar al "enemigo" que causó este problema. Vivimos un tiempo de cambio sin precedentes que afecta a todas las dimensiones de la vida en la tierra. Los religiosos deben resistir la tentación de apartarse de los desafíos tratando de crear una réplica ilusoria de un pasado más reconfortante. El pasado pertenece

al pasado. Hemos de vivir aquí y ahora, junto a los hermanos y hermanas que viven, luchan y sufren hoy. Nuestra Vida Religiosa ha de responder a la llamada de Jesús a ser sus discípulos en este nuevo contexto.

También es esencial que los religiosos tengan un nuevo ideal inspirador que informe y oriente la Vida Religiosa del futuro. La imagen bíblica del desierto ha tenido una influencia abrumadora en todas las formas de Vida Religiosa desde Antonio el Grande, que se retiró al desierto de Egipto en el siglo III. La imagen del desierto insiste en la necesidad de retirarse, de separarse del resto de la comunidad cristiana y vivir una vida de clausura lejos del “*mundo*”. Sin embargo, otras imágenes bíblicas pueden inspirar un enfoque diferente de la Vida Religiosa. Los religiosos pueden ser la “*levadura*”, la “*luz del mundo*” o la “*sal de la tierra*”. Estas imágenes requieren un estilo de vida y misión que esté inmerso en el mundo, comprometido con las personas, ayudándoles con sus cargas y sufrimientos. Este tipo de vida está más en sintonía con la vida de Jesús, que estaba en medio del pueblo proclamando la buena nueva del reino, curando a los enfermos, dando de comer a los hambrientos y consolando a los afligidos.

Durante mucho tiempo, el objetivo de nuestra misión fue “*salvar las almas*” y ayudar a las personas a “*ir al cielo*” después de la muerte. Nuestra predicación y la celebración de los sacramentos, así como las diversas devociones y visitas a los santuarios, se orientaban a la salvación de las almas. Pero en el “*manifiesto*” misionero de Jesús (Lucas 4, 18s), no se habla de “*almas*” ni de “*ir al cielo*”. Jesús nos enseña que para salvar nuestra vida hay que perderla al servicio de los demás; solamente olvidándonos de nosotros mismos y trabajando juntos por el bien del prójimo salvamos nuestra vida. Jesús insiste en que entrarán en el reino de Dios los que se olvidan de sí mismos para vestir a los desnudos, visitar a los enfermos, aliviar la miseria de los pobres, ayudar a levantar las cargas de los cansados y agobiados...

La Vida Religiosa renovada debe inspirarse en las imágenes evangélicas de la levadura, la luz y la sal. Los religiosos necesitan estar plenamente comprometidos en el mundo, cerca de las personas, compartiendo la Buena Nueva del amor y la misericordia de Dios,

ayudando a llevar las cargas de las personas y anticipando en todas las cosas la llegada del reino de Dios a la tierra, como en el cielo.

El ideal de la vida comunitaria sigue siendo un factor importante para atraer nuevos miembros. Desafortunadamente, muchos que deciden abandonar la Vida Religiosa señalan como razón principal la ausencia de vida comunitaria. Los religiosos pueden dar testimonio de los valores de la comunidad al estar cerca de las personas e invitarlas a compartir su vida de oración y su misión. Las comunidades religiosas ya no son autosuficientes ni están aisladas de la comunidad más amplia. En el entorno a menudo duro y anónimo de la vida urbana moderna, la comunidad religiosa puede ofrecer un remanso de calidez y aceptación a quienes se sienten confundidos y buscan el sentido de su vida. Los religiosos de hoy están llamados a una nueva forma de inserción entre la gente de la parroquia que incluye un fuerte espíritu de apertura y hospitalidad. No se trata simplemente de una forma de "socialización", sino de verdadera fraternidad cristiana basada en el Evangelio, que se expresa en la oración y en la misión conjunta.

UNA NUEVA FORMA DE VIDA RELIGIOSA.

"Id al mundo entero..." (Mc 16, 15) es el envío de Jesús a sus discípulos. Los religiosos responden a este envío de manera especialmente intensa y radical. Los religiosos pueden contribuir al futuro de la Iglesia y del mundo mediante un renovado compromiso de la llamada a vivir en intimidad con Jesús y a anunciar el Evangelio del Reino.

El ideal de la Vida Religiosa sigue inspirando a hombres y mujeres a entregar su vida a Jesús y al Evangelio para transformar el mundo en el Reino de Dios. Las comunidades religiosas dan testimonio de los valores evangélicos que ofrecen la esperanza de un futuro mejor para las personas y para el planeta. Las comunidades religiosas internacionales y multiétnicas ayudan a fomentar mayor comprensión y aceptación de las minorías y personas de otras culturas y religiones. Los religiosos forjan lazos de amistad con personas de otras religiones –o sin religión– y trabajan juntos por el bien de todas las personas, para apreciar toda criatura de Dios y la salud del plane-

ta. Predican el Evangelio de la vida y la alegría que abraza a todos los hombres. Sostienen a los fieles cristianos y los animan a acoger a personas de otras nacionalidades, culturas y religiones.

Jesús llama a todos los hombres y mujeres sus hermanos y hermanas. Era el centro del revolucionario mensaje predicado por San Pablo y la Iglesia primitiva. Esta es la verdad que puede salvar al mundo del sufrimiento futuro. Los religiosos desempeñan una importante tarea en la extensión de la Buena Noticia de que la humanidad es una sola familia, que todas las personas son hijos amados de Dios y hermanos y hermanas unos de otros. Los más pobres, los más débiles, los más olvidados serán la especial preocupación de los religiosos, de todo lo que hagan. Esta es la buena noticia de hoy; es la nueva moral y la nueva dirección que sugiere el Papa Francisco en *Laudato Si'* y *Fratelli Tutti*; es la visión que está revitalizando la Vida Religiosa en la Iglesia.

UNA FORMACIÓN RENOVADA.

La formación, dentro de la Vida Religiosa, es un proceso que dura toda la vida. Comienza con la formación inicial y continúa hasta que vemos a Dios cara a cara y experimentamos la plenitud de la vida en el Reino de Dios. Una formación fructífera presupone ciertas condiciones y disposiciones en la persona. Entre ellos podemos señalar las siguientes:

- Estar inflamados de amor a Jesús Crucificado e inspirados por su visión evangélica de trabajar juntos por la transformación de la humanidad y de toda la creación en el Reino de Dios.
- Tener una práctica cotidiana que promueva el proceso continuo de conversión y crecimiento personal. Esto incluye la oración diaria, el estudio y la reflexión, así como la dirección espiritual regular.
- Participar en la actividad misionera radical y enriquecedora que comparta la visión del Evangelio de Jesús con los demás y ayude a las personas más débiles y vulnerables a experimentar el amor y la misericordia de Dios.
- Estar preparados intelectual, emocional y espiritualmente para vivir y proclamar la visión evangélica de una familia hu-



mana de hijos amados del Padre, que viven juntos en comprensión mutua y paz, en armonía con toda la creación.

La Iglesia Católica tiene una larga y variada historia de desafíos, contratiempos, obstáculos y aprendizaje para adaptarse y avanzar. En cada ocasión, la Iglesia ha aprendido algo y se ha enriquecido. La oposición inicial y la vacilación dan paso, finalmente, a la comprensión de que la vida y el crecimiento requieren adaptación y cambio sin sacrificar lo esencial.

La Iglesia busca influir en todos los aspectos de la vida y de la cultura con la energía vitalizadora del Evangelio. Para alcanzar este objetivo, la Iglesia tendrá que encontrar el lenguaje y los medios para comunicar su mensaje de manera inteligente y eficaz. Este es el camino para hacer resplandecer la luz del Evangelio e influir en la vida del mundo. Los religiosos bien formados del mañana desempeñarán una tarea vital para llevar la luz del Evangelio a todos los aspectos de la vida en el mundo, para mejorar la humanidad y el planeta. De este modo, una Vida Religiosa renovada será signo, instrumento y anticipación creíble del Reino de Dios, *“en la tierra como en el cielo”*.